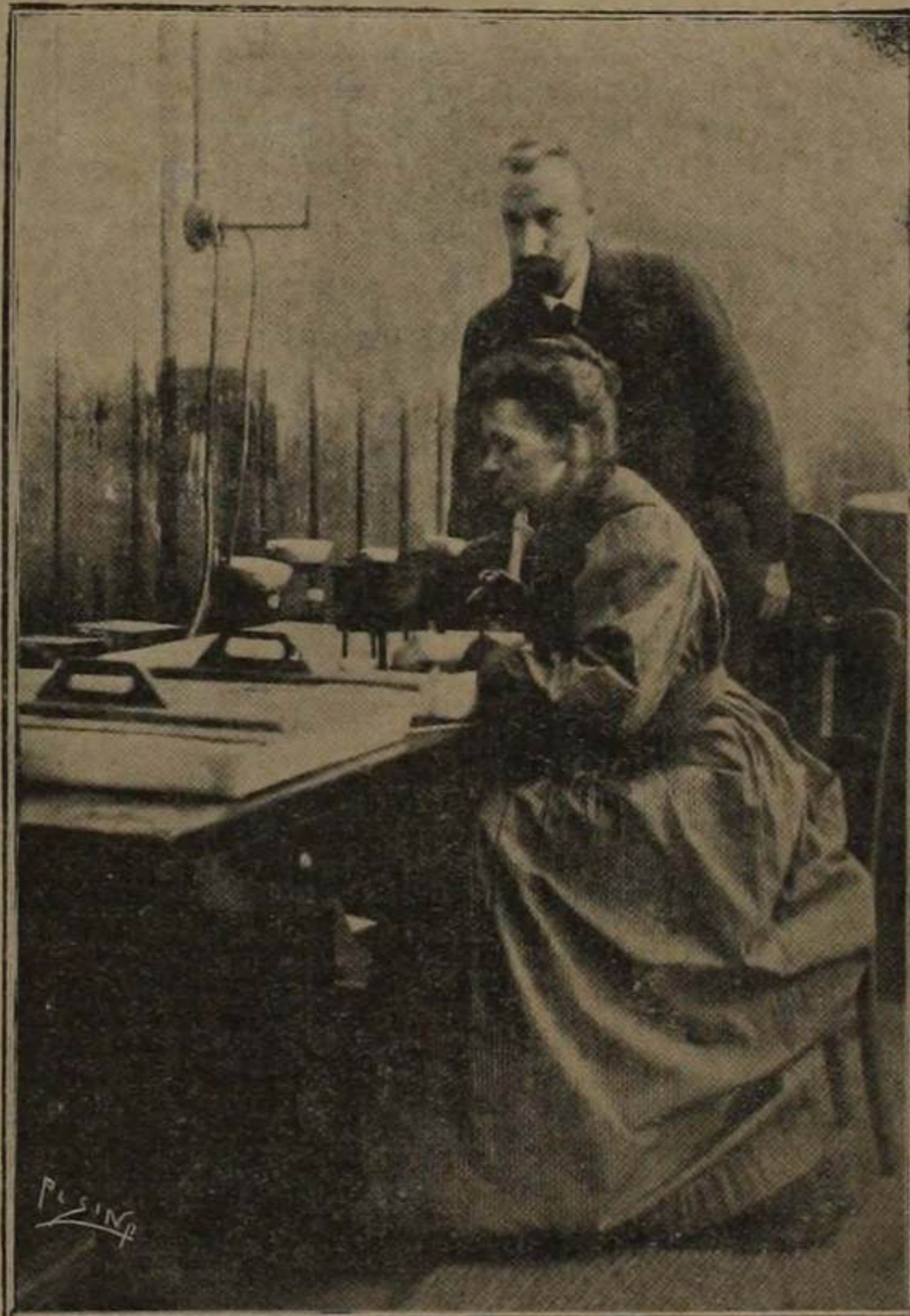


# Veinticinco años de radio

EL día 26 de diciembre hizo veinticinco años que los esposos Curie descubrieron el radio. Francia, que no deja pasar una fecha de esta naturaleza sin su correspondiente conmemoración, ha celebrado el aniversario con la mayor solemnidad, dándole cierto aire de apoteosis. Presidía la sesión de la Sorbona el mismo Presidente de la República, y las bandas entonaron una *Marsellesa* en honor del jefe del Estado y una *Polonesa*, de Chopín, porque Mme. Curie es polaca de nacimiento. Swodoska de apellido. A la ceremonia pareció asistir también con aquel aire espectral y secundario que siempre tuvo en vida, junto a su mesa forrada de negro, Pedro Curie, un poco parecido a nuestro Cajal, sobre todo en las sienas; sólo que habrá asistido quién sabe en forma de qué radiación invisible. Precisamente cuando Curie fué aplastado por la energía de un camión ocupábase en estudiar las radiaciones psíquicas, evolución no muy insólita entre los investigadores de los últimos misterios de la materia, como fué también aquel Crookes que acabó escribiendo libros de espiritismo.

Bien conocidas son las sorprendentes propiedades del radio y sus aplicaciones. El radio impresiona las placas fotográficas, hace fosforecer a ciertos cuerpos situados en su vecindad, transforma en conductores de la electricidad a los gases aisladores, engendra calor; en suma, produce energía sin pérdida apreciable de peso. Calcúlase que un gramo de la mágica sustancia tardaría mil doscientos ochenta años en disiparse a fuerza de irradiar. Las consecuencias prácticas de estas propiedades no son, con todo, el mayor servicio prestado por los esposos Curie a la humanidad. El radio ha permitido al hombre cómo empuñarse para introducirse dentro del misterio del átomo, donde ha descubierto maravillas parecidas a las siderales: un verdadero sistema solar, exuberante de actividad y energía. Después, las trasmutaciones del radio, que acaban en el helio y en el plomo,

nos han enseñado la posibilidad de descubrir, al fin, la famosa piedra filosofal, la trasmutación de los metales y quién sabe si la trasmutación de todos los cuerpos; depende de que



PIERRE CURIE Y MME. CURIE

En su laboratorio de la Escuela de Física y Química, en 1898

algún día el hombre llegue a disponer de medios más enérgicos para provocar la desintegración de la materia. Según Perrín, con una corriente de diez millones de voltios alcanzaríamos casi todos los resultados soñados. Por otro lado, el radio nos ha hecho ver que la energía, que está como presa y encapsulada dentro de los cuerpos, es inmensa, millones de veces más de lo que se había pensado. La energía desprendida en las trasmutaciones de un gramo de radio se calcula mayor en varias decenas de millones a la producida por la combustión de un gramo de carbón. A análogo resultado, si bien por caminos abstractos, ha llegado Einstein. Actualmente no sabemos servirnos de estas cantidades de

energía almacenadas en la materia; pero ¡quién sabe si, al cabo de los años, el hombre podrá hacer andar con unos cuantos kilos de carbón toda una red de ferrocarriles!

Madame Curie cuenta en un libro reciente la vida del matrimonio en los tiempos de su investigación capital. Fué la Academia de Viena principalmente quien prestó ayuda económica a los esposos Curie, que, escasos de dinero, establecieron su laboratorio en un tendejón abandonado, una barraca de madera, de suelo alquitranado y techo mal cubierto, lleno de goteras. «Realizábamos las operaciones químicas en que se desprenden gases nocivos en el patio, si el tiempo lo permitía, o, en caso contrario, en el interior, con las ventanas abiertas». En este laboratorio se movía la mujer todo el día, estudiando la preparación de las sales puras de radio, en tanto el marido continuaba las indagaciones sobre las propiedades del radio. «Era un trabajo extenuador—, dice Mme. Curie—, transportar recipientes con veinte kilos de sustancia, trasvasar los líquidos, removerlos durante horas enteras por medio de una varilla de hierro mientras la materia hervía». Bien hace en señalar la vida sacrificada del investigador en su laboratorio y la escasa remuneración con que la sociedad paga sus trabajos:

«¿Cuál es la compensación que nuestra sociedad ofrece al sabio, a cambio de la admirable donación de sí mismo? ¿Disponen siquiera los servidores de la idea de los necesarios medios de trabajo? ¿Viven, acaso, una existencia asegurada contra la miseria? El ejemplo de Pedro Curie y de tantos otros muestra que el sabio no es nada y que para conquistar medios aceptables de trabajo es preciso haber agotado la juventud y las fuerzas en los cuidados cotidianos. Nuestra sociedad, donde impera un ávido deseo de lujo y de riqueza, no comprende el valor de la ciencia. Ni los Poderes públicos ni la generosidad privada conceden a la ciencia y a los investigadores el apoyo y los subsidios indispensables para un trabajo plenamente eficaz».

(El Sol, Madrid)